

Gabriel Marcel y Julián Marías

La reciente visita de los filósofos Gabriel Marcel y Julián Marías fue anunciada y profusamente comentada en los periódicos de esta ciudad. Insertamos a continuación dos de los artículos aparecidos.

Puede decirse que el existencialismo, o mejor, los existencialismos de tan variado tipo en nuestros días, surgieron como una reacción contra la estadística.

Esto escuetamente dicho, sería apenas una frase, si no advertimos lo que ha implicado el desenvolvimiento de esta endemoniada máquina de contar las cosas y los hombres.

Empezó por contar las cosas, allá cuando el mercantilismo daba sus primeros pasos en los comienzos de la edad moderna. Pero las cosas eran al fin para los hombres, y así fue entrando también la estadística en las interioridades de la vida humana. El hombre de las grandes ciudades, a poco, no fue sino un número, y tras la experiencia de la primera guerra mundial, el hombre de los campos entró a contar también en estas cifras de la estadística, como un sumando más que había que añadir al ya innominado y descolorido del habitante de las urbes.

Antes de esta invasión de la estadística, vale decir, en la edad media y en la edad antigua, el hombre mantenía en el mundo su papel central; en torno de él giraban las cosas, y para él tenían sentido.

Por eso en esas épocas no se conoció la teoría malthusiana de la superpoblación del globo terrestre; y conste que este sistema se presenta en el siglo XVIII, cuando aún no era un problema real sino un problema remoto, pues la población del mundo entonces apenas sobrepasaba a los setecientos millones de habitantes.

Y poco antes que el malthusianismo, se lanzaba la teoría de Hume sobre la simpatía entre los hombres, como fundamento de la moral, doctrina ésta, hija del espíritu que disolvió a su vez los conceptos de sustancia y de causa, para reemplazarlos por las ideas de coexistencia

y de sucesión de percepciones. Por algo el discípulo de David Hume, Adam Smith, es el fundador de la economía capitalista, en que el hombre cuenta como número; de ahí que la simpatía proclamada por su maestro Hume se haya reducido a la que puede existir entre compradores y vendedores dentro de la ley de la oferta y la demanda.

Así también llegó la época en que las multitudes fueron reemplazadas por las "masas", objeto éste sobre el que la estadística hincó sus dientes con meticulosa voracidad.

La estadística obtuvo su triunfo definitivo en la segunda guerra mundial, y mostró cómo el hombre, ahora su dilecto material de trabajo, al ser sólo número, era también intercambiable. El hombre es un ente reversible dentro de los cerebros mecánicos de la cibernética. Y este es el drama de Iohann Moritz, de Traian Koruga y su mujer, en la obra de Gheorghiu, "La hora Veinticinco" resulta así el relato acerca de unos hombres que ante el Estado funcionan como números y son manipulados por la estadística en su oscuro destino de cifras de un guarismo.

Claro que la filosofía tuvo aquí su parte; ya hemos aludido al papel de David Hume. Pues Hume, con la ayuda de Kant, resultaba el padre de todo el idealismo moderno.

Y el idealismo es, entre otras cosas, el sistema que rehusa y rehuye las cosas como tales, para asumirlas solamente como conceptos. No sabe nada de la realidad, ni de ella quiere saber nada; se interesa exclusivamente en el conocimiento. La teoría del sér se convierte en teoría del conocimiento, y ésta cubre todo el quehacer de la filosofía. Actúa como el astrónomo que sólo considerase estrella a lo que está pasando por su telescopio, y sólo en cuanto pasa por su telescopio.

Este idealismo, con diversos avatares, llegó hasta nuestro siglo. Contra él clamaron en la pasada centuria, hombres como Kierkegaard y Nietzsche, sin que se supiese bien entonces lo que querían decir. Pero ya en las primeras décadas del siglo XX, se oyen voces de inconformidad. Y una de las primeras, es la de Gabriel Marcel, el insigne filósofo francés que ahora nos visita.

Marcel, fuera de filósofo, es músico, crítico literario y dramaturgo de gran estilo. Su postura existencial precedió en varios años a la de Jean-Paul Sartre, y su "Journal Métaphisique" fue publicado mucho antes que "Sein und Zeit", el libro capital de Martín Heidegger. Marcel se convirtió a la fe cristiana en 1929, y entre sus obras fundamentales merecen citarse: "Journal Métaphisique" (1927), "Positions et Approches concretes du Mystère ontologique" (1933), "Etre et Avoir", (1933), "Du refus á l'Invocation" (1940), "Homo Viator. Prélogo-

ménes a une Métaphysique de l'espérance" (1944), "Existentialisme et Pensée chrétienne" (1947), "Regard en arrière" (1947).

Para Heidegger, la esencia del hombre es su existencia; para Sartre, la existencia del hombre precede a su esencia; para Marcel, la *existencia* es lo opuesto a la *objetividad* con que trabaja el idealismo en filosofía y con la que debe trabajar necesariamente toda ciencia particular.

Marcel prefiere hablar del *existente* más bien que de la existencia, pues justamente su actitud filosófica quiere moverse dentro de lo concreto, huyendo así de los afanes de sistema en que fatalmente cae toda la filosofía racionalista; y busca lo concreto, en el hombre singularmente, porque lo abstracto es lo que generaliza deshumanizando, y, en fin, podría añadirse, lo que hace posible la estadística.

Para Gabriel Marcel, el existente es un yo encarnado, un yo en quien el cuerpo asume una importancia de tal naturaleza que desborda la dualidad de sujeto y objeto. Nuestro cuerpo, mi cuerpo, en la concepción del filósofo francés, no sólo pertenece a mi mundo de conocimiento, sino que se inserta en el yo para dar a éste toda su realidad. La realidad del yo es así una realidad encarnada. El yo no *tiene* el cuerpo, sino que *es* con el cuerpo.

Otro de los temas en que Marcel ha hecho aportaciones capitales a la filosofía, es su concepción del *Tu*. Superando a Scheler, que tanto trabajó sobre este tema, Gabriel Marcel abre en este punto perspectivas de extraordinaria fecundidad. Así escribe Marcel:

"Cuando hablo de alguien en tercera persona, lo trato como independiente —como ausente— como separado; más exactamente, lo defino implícitamente como exterior a un diálogo, que bien puede ser un diálogo conmigo mismo. Tengo la tendencia de tratar la realidad, el universo como un tercero en relación al diálogo que conduzco conmigo mismo".

Y en otro lugar caracteriza a la segunda persona como aquello que es capaz de una respuesta: "No me dirijo, en segunda persona, más que a aquél que es mirado por mí como susceptible de responderme; de cualquiera manera que sea, aun si esta respuesta es un "silencio inteligente".

El *tu* es, pues, un descubrimiento esencial del yo, una interrelación que brota en el mismo momento en que interrogamos. Y en algún lugar llega a decir Marcel que el existencial es esencialmente intersubjetivo. Por ello no es al azar que el filósofo galo sea a la vez uno de los más profundos dramaturgos de Francia.

Mas cuando hablamos al otro sin esperar de él una respuesta, es

porque lo consideramos sólo como objeto, como "él". De ahí que sostenga Marcel que, en sentido estricto, no es posible hablar *de* Dios. La divinidad es siempre el Tu, intransmutable en el "El". Por eso todo lenguaje sobre Dios reviste la forma de oración. "Es mejor hablar con Dios que hablar de Dios", decía un místico español. Y esta sentencia que quizás no llegó nunca a oídos de Marcel, es uno de los ejes sobre que gira toda la filosofía de la religión del ilustre pensador europeo.

* * *

Gabriel Marcel llega a Colombia en momentos de extraordinario fervor filosófico. Y acaso también en una hora en que muchos espíritus, hondamente cristianos, creen ver conmovidos los cimientos de su fe, porque se oyen por doquier nuevos conceptos de la filosofía, modernas posiciones en esta ciencia eximia que no son las que siempre miraron como únicos soportes de la Cruz de Cristo. Al escucharlo, encontrarán un inmenso consuelo. De su palabra brotan las viejas esencias del más puro cristianismo, expresadas y conceptualizadas a tono con las nuevas actividades del espíritu filosófico, que no se engaña ciertamente al reconocer que los antiguos planteamientos de los problemas atraviesan una tremenda crisis, tras de sucumbir el enemigo que desde el Renacimiento venía socavándolos, enemigo que no es otro que el racionalismo de que tanto llegó a ufanarse la edad moderna.

Sobre el misterio, sobre la fe, la revelación, la esperanza, la fidelidad, la familia, etc., escucharemos a Gabriel Marcel en sus conferencias de esta semana; temas son estos en que el oyente podrá advertir que, sobre su radical contextura cristiana, se vierte la original concepción filosófica de uno de los más calificados pensadores de este siglo.

Alexino

* * *

Julián Marías es aún muy joven. No llega a los cuarenta años, pero quizás desde la veintena hacía ya publicaciones y comentarios que revelaban muy bien, de un lado la rigurosa disciplina intelectual, y de otro, la fantasía propia de los grandes maestros en el pensamiento filosófico.

Marías fue tal vez el último que ingresara al grupo de "Revista de Occidente", cuando la ilustre publicación era todavía dirigida

por Ortega y Gasset. Ahora la hemos visto renacer en sus obras editoriales (aunque no en la publicación periódica), pero cualquiera advierte que esto ya es otra cosa, posiblemente no inferior, pero distinta a la que inspiraba el genial pensador madrileño.

La primera vez que nos llegó el nombre de Marías, fue en la traducción del "Discurso sobre el espíritu positivo", de Augusto Comte, que publicó la "Revista" (1934). La guerra española y, más tarde, la segunda guerra mundial, nos hicieron perder de vista el nombre de Julián Marías; pero en 1940, entre los azares de las comunicaciones con Europa, llegó a nuestras librerías un nuevo título de la famosa editorial, "De lo eterno en el hombre", en aquella parte de la inmensa obra del filósofo Max Scheler, en que se trata de los atributos de Dios. El traductor del complejo pensador alemán era esta vez Julián Marías.

Poco se conocía, sin embargo, por entonces, de su obra personal de escritor y de filósofo. Pero el restablecimiento de la paz hizo posible que llegaran a Colombia libros de la misma "Revista de Occidente" y de otras editoriales, cuyo autor era el filósofo que pronto nos visitará: "San Anselmo y el Insensato", "Introducción a la filosofía", "El método histórico de las generaciones", "La filosofía del Padre Gratry", "Filosofía española actual", "Ortega y la idea de la razón vital", "Ortega y tres antípodas". El primer libro de Marías se titulaba simplemente "Miguel de Unamuno".

Dos maestros reconoce Marías en su formación espiritual: José Ortega y Gasset y Xavier Zubiri. Aparte de ellos, a quienes ha escuchado sus propias lecciones y de quienes ha recibido el vivo ejemplo de su vida intelectual, están todos los grandes pensadores que en el mundo han sido. Porque el joven profesor lee en su lengua original a los filósofos griegos y a los latinos, a los alemanes, ingleses, franceses e italianos. La obra de Marías denuncia muy a las claras que al pensador español no sólo no le son ajenos los grandes textos de la filosofía occidental, sino que, al contrario, ha puesto su atención y ha dedicado estudios exigentes a varias de las más grandes figuras del pensamiento filosófico. Justamente, uno de sus libros, el más voluminoso (2 tomos, 2.000 páginas), se denomina "La filosofía en sus textos", y es una antología de los maestros de todas las épocas.

Y así como "el hijo que se asemeja a su padre, honra a su madre", según expresión de un escritor nuestro, así la condición de discípulo que Marías proclama respecto de Ortega y de Zubiri, honra finalmente a España, pues Marías está indicando con su actitud disciplinar que, no obstante su vasta lectura y conocimiento de los más

grandes ingenios de la filosofía en el mundo de Occidente, no necesita salir de su propia patria para reclamar un maestro más allá de su lengua y de la concepción del mundo que es peculiar al espíritu español.

En este sentido, su orgullo está bien fundado. Porque cualquiera que sea el rumbo que tome la filosofía en los años venideros, el aporte de España, mediante la obra de Ortega y Gasset y de Xavier Zubiri, a la posición y planteamiento de los problemas en esta primera mitad del siglo XX, y a muchas de sus soluciones, es ya inconfundible y está asegurado por el eco que sus ideas han tenido en otras latitudes. O aunque sólo fuera por la coincidencia, digna de señalar, de que esa misma problemática inspira los sistemas de grandes pensadores de más allá de los Pirineos.

Hay un espíritu de los tiempos, nadie lo niega. Pero España, desde que perdió el dominio político de Europa, pérdida que se acentuó con la emancipación de las colonias americanas, quiso permanecer, supongo que voluntaria, o mejor diré, voluntariosamente, al margen de lo que en Europa se decía y se pensaba. Muchas incitaciones surgían todavía de la España decadente que Europa recogía alborozada, y elaboraba luego con gran atuendo sistemático. Mas España, a poco de concebirlas, ya no se interesaba en ellas.

Pero con Sanz del Río y ese ingenuo y bobalicon movimiento krausista, como recientemente nos lo recordaba Julián Marías, España empieza a mirar de nuevo a Europa. Fueron necesarias tres generaciones más para que adviniera Ortega, entre las cuales actuaron hombres tan decisivos como don Francisco Giner de los Ríos, que orienta hacia Alemania la educación de la juventud española.

Ortega y Gasset regresa de sus estudios en Marburgo (tras de haber, a un tiempo, digerido y repudiado a Kant), con un sistema de categorías que pone espanto en el viejo solar de la cultura española. No escribe contra Campoamor, ni contra Valera, ni contra don Marcelino Menéndez Pelayo. Tampoco escribe a su favor. Escribe solamente *sobre* ellos, descubriendo cualidades que ni ellos se habrían soñado poseer, y señalando fallas en su obra que ni sus mayores enemigos habrían pensado jamás que pudieran enrostrárseles. Así Ortega es el aguafiestas de un sistema de crítica y de valoración vigente a toda hora, en la resignada España que perdió la guerra de Cuba.

Ortega y Gasset cumple en casi quince años, su labor demoledora, pues hacia 1915 empieza su obra de creación. Y en ella forma discípulos como Zubiri, que es hoy maestro a su vez, y comparte con

don José (a quien por más viejo que se hallare, nunca se le podrá decir "venerable"), la dirección espiritual de la cultura hispánica.

De tales hombres es discípulo esclarecido Julián Marías. Se cuenta que, muy joven, quiso éste recibir una indicación de Zubiri sobre qué debería leer en las vacaciones para aguzar el espíritu filosófico, y presentar al regreso a los cursos, uno de los exámenes reglamentarios, y Zubiri, implacable, le respondió: "Léase en el original griego la *Metafísica* de Aristóteles".

Desde entonces, Marías sigue cumpliendo a cabalidad, esa indicación. Quien lea sus obras escritas en un grácil y amable estilo, en que se le pone lentes ahumados a la brillantez orteguiana, no comprenderá a primera vista, que detrás de cada afirmación hay un lastre de pesadas lecturas, que existe un respaldo de vigiliass sin cuento para comprender desde Platón hasta Heidegger, en los discutibles textos griegos y en los abstrusos textos germánicos.

Julián Marías, como su maestro Zubiri, representan una dimensión más frente a Ortega: Asumen una posición estrictamente católica ante la vida y la realidad, y desde allí se lanzan a filosofar con la más amplia libertad de espíritu. Saben que la creación no es un truco de la Divinidad, y por ello son libres. Van a las cosas en la seguridad de que encontrándolas tal como son, hallan en el fondo al Dios escondido por el que ellas son.

El propio Marías lo declara así:

"De Ortega recibíamos una filosofía y una moral intelectual; un sistema filosófico, un método para plantearnos las cuestiones personalmente, y una exigencia de autenticidad, una incapacidad de engañarnos a nosotros mismos, que trascendía de las cosas intelectuales e iba incluso a nuestra vida personal. En cuanto a Zubiri, agregaré a lo ya dicho sobre él que nos inculcó la enorme dignidad intelectual del cristianismo y que al oírle sacábamos todos la seguridad de que ser católico era, desde luego, compatible con las formas más exigentes del pensamiento".

C. B.